



## Dossier en homenaje a Silvana Filippi

### *Über allen Gipfeln. La anteúltima enseñanza de Silvana Filippi*<sup>1</sup>

ROBERTO CASAZZA<sup>2</sup>

Silvana me pasó su contacto de WhatsApp unos pocos días antes de enfermar. Al escribir el nombre “Silvana Filippi” en la aplicación, noté que en la zona de información del contacto había una enigmática frase en alemán, “*Über allen Gipfeln ist Ruh*”, que todavía está allí. Aún con la vaguedad a la que me obligaba el no recordar entonces el significado de la palabra “*Gipfel*”, a la que busqué luego, advertí enseguida que se trataba de una metáfora de la Vida Filosófica, según la interpretación de Silvana. Un saber al que se asciende con esfuerzo, por tramos, con retrocesos y dudas, en absoluta soledad, y el cual, ocasionalmente, en algún claro en las cimas de los montes, alcanza a embriagar el alma con cierto néctar metafísico, ese que repara al Filósofo del dolor del mundo, el mismo que repone el eje vertical, el que une el precario ente que es cada quién con el Absoluto.

Cuando supe que Silvana estaba enferma busqué el verso, di con el poema completo y sus traducciones posibles, y pensé muchos días en ese lema como marca de su identidad y de sus anhelos. El poema es muy breve, lo escribió Goethe en 1780, y se titula *Über allen Gipfeln* (*Sobre todas las cumbres*), las palabras, justamente, de su primer verso. Tiene apenas ocho líneas, a las que quiero compartir hoy con ustedes:

#### *Über allen Gipfeln*

Über allen Gipfeln

ist Ruh,

In allen Wipfeln

Spürest du

kaum einen Hauch;

die Vögelein schweigen im Walde,

warte nur, balde

1 El presente texto fue leído el día 10 de julio de 202 en el “Homenaje a la Dra. Silvana Filippi”, organizado vía Zoom por la Red Latinoamericana de Filosofía Medieval (RLFM), dirigida por la Dra. Celina Lértora Mendoza.

2 Universidad de Buenos Aires (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina).  
[casazza.roberto@gmail.com](mailto:casazza.roberto@gmail.com)

Ruhest du auch!

***Sobre todas las cumbres***

Sobre todas las cumbres  
hay calma,  
en todas las copas  
no alcanzas a escuchar  
siquiera un susurro;  
los pajarillos callan en el bosque.  
¡Espera un momento, pronto  
descansarás tú también!

Hace veintitrés años que comparto con Silvana, como su JTP en la Facultad de Humanidades de la UNR, la cátedra de Historia de la Filosofía Medieval y del Renacimiento. Su cercanía fue para mí ocasión de un crecimiento constante, alentándome en el estudio, compartiendo lecturas, enseñándome aspectos fundamentales del pensamiento medieval, en cuya metafísica ella podía captar armonías, matices, tonos, énfasis apenas advertibles, como los buenos artistas ante las obras de otros buenos artistas. Un corpus común de doctrina, con el eje –según su visión– en la cuestión del *esse* y su relación con *ens*, interpretado sin embargo por tenores, barítonos, bajos, sopranos y contraltos, tonos a los que el oído refinado de Silvana podía captar en plenitud. A mitad de ese camino juntos, y ante mi entusiasmo reciente entonces por haber incursionado en el estudio de la astronomía y su historia, tuvo Silvana hacia mí un gesto muy generoso y significativo, que iniciaría una reparación dentro de mí: me pidió (casi me exigió) que inscribiera un doctorado sobre cosmología medieval y renacentista bajo su dirección en la UNR. No era un tema que ella hubiese transitado en todas sus aristas, pero sabía lo más importante: cómo lograr que un entusiasmo indeterminado se transforme en tesis doctoral. Así, me guió durante seis años, en los que aprendí de ella el método de plasmación de un escrito de largo aliento, dándome libertad y acotándola a una, con una maestría inigualable. No me habría doctorado si no fuera por Silvana, en ello solo, es demasiado lo que le debo. Y no soy el único: Silvana fue el «ángel de la guarda del *Studium*» para muchos de nosotros.

Como docente, Silvana tenía una rara virtud, una enraizada en la primera mitad del siglo XX, de cuyos intensos ecos se nutrieron sus maestros, y cuyas evanescentes olas, ya en las playas de la posmodernidad, recogió Silvana como una niña, yendo y viniendo con su balde de la orilla al pozo, con la ilusión de capturar el océano, para construir su pensamiento en este naciente milenio de nuevos dioses. Esa virtud era la de «confiar en los alumnos». Contra cierta corriente de la pedagogía actual, que propone dar, dar y dar, claras y distintas, todas las herramientas al que está aprendiendo, Silvana proponía más bien invitar, abrir la posibilidad de acercarse a la cátedra, sugerir que el aprendiz encare pequeñas investigaciones o reseñas de libros relevantes. En suma, invitaba a esforzarse, a que el alumno transite una experiencia de aprendizaje con autonomía, con resultados inciertos en el entretanto, pero con algo ostensible y perdurable cuando el trabajo llegara a su fin, y muchas veces a imprenta, revisado y enriquecido por ella misma. Replicaba en ello, en un modo local, rosarino y sudamericano, el modelo docente de aquellas universidades alemanas o francesas de mediados del siglo XX, en cuyo espejo Silvana buscaba su rostro intelectual: la misión del maestro era para ella principalmente mostrar, ofrecer, esperando que de la libertad del alumno surja la transformación interior que permita crecer en la Filosofía.

Me tocó estar allí, junto a algunos otros que también pudieron acercarse en este extraño momento del mundo, despidiéndola en el Cementerio Jardín de Ibarlucea, un lugar apacible y verde, alejado del centro de Rosario. La charla entre los que estábamos fue memorable, de las más aleccionadoras de las que participé en mi vida. Alejandro, hermano de Silvana, dijo una frase muy profunda al pasar, refiriéndose a todo ser humano que puebla la Tierra: “Cada cual hace con su vida *lo que puede*”. Me recordó una lápida que vi cierta vez en Oxford, era de un estudiante, fallecido con apenas veinte años: “He did all that he could”, decía la inscripción, debajo del nombre y los secos años. Y pensé, cuánto pudo Silvana con las herramientas que tuvo a la mano; cuánto, qué puede imaginarse más digno que una vida dedicada a la Filosofía. ¡Cuánto pudo Silvana con su vida! La honró, la amó, la acrecentó. Silvana dejó un mundo mejor que el que encontró: la Humanidad ya le debe por ello honores.

Al cierre, caminamos en grupo, subimos a los autos, y luego de prepararme unos minutos para un largo viaje advertí, ya sólo, que había perdido mis anteojos, los suplentes, que de tan mal llevarse con el barbijo, pasando de un bolsillo a otro, cayeron seguramente en algún lugar del camposanto. Supuse que estaban en el pasto, cerca de donde habíamos estado. Me acerqué, y entonces fue para mí inevitable caer, de nuevo frente a su espacio, con la misma perplejidad de siempre, en «la pregunta por el alma»: ¿qué pasa con ella?, ¿dónde está Silvana

ahora?, ¿está ya su pensamiento libre paseando entre las esencias?, pensaba. Recordé inmediatamente la persistente disputa entre los que sostienen que el alma perece junto al cuerpo al que anima, y los otros, que la piensan eterna, ya sea transmigrando de un cuerpo a otro, o subsistiendo, más cristianamente, a la espera de nueva plenitud en un cuerpo mejor que éste tan efímero que nos viste. Entonces, en silencio, y ante la tierra que ya cubría su cuerpo, sentí una gran paz, pensando por fin una idea que en mí era *nueva*, y que la debía a Silvana, a lo bien que presentaba justamente este tema, el del alma, en sus clases. Pensé entonces, con alivio, que en uno u otro caso, siendo su alma ya un ente del pasado o siendo su alma una entidad pura en proceso de reunirse con el Principio, la vida de Silvana estaba plenamente justificada. Pensé: si ya no hay alma tras la muerte, Silvana permanece en la memoria universal, en la *intersubjetividad* (palabra que le era grata), capaz de abreviar en sus diáfanos textos, que dialogarán en lo sucesivo con muchos nuevos pensadores; y a continuación –¡la imagen me conmueve al recordarla!–, completé el razonamiento pensando que si su alma se estaba elevando en ese mismo instante muy, muy lejos de la Tierra, todas sus cuitas, y más ampliamente, todos los asuntos humanos, los sinsabores, las mezquindades, las disputas y dolores del por aquí, los sentimientos, unos y otros, ya le resultarían imperceptibles desde la estratósfera del espíritu. La imagen era visual: como si las diferencias existentes en la superficie de un planeta completamente verde –así me representé en ese momento al nuestro–, albergando praderas e inmensos bosques, con árboles mucho más grandes que los que conocemos, no pudiesen ser ya registradas por el alma de Silvana al mirar hacia atrás. Como Orfeo, vería, supuse, cómo se alejaban sus antiguos amores y asuntos, cuyas rugosidades y accidentes le resultarían pueriles, ya invisibles casi, en el camino –ahora cierto– de ascenso a la Plenitud de lo Humano. En ese caso, en la antesala del Bienestar más perfecto, cavilé, la vida de Silvana estaba tanto más justificada que bajo la otra posibilidad.

Esa fue, para mí, la anteúltima enseñanza de Silvana Filippi. De la última sé ya el *cómo*, aunque no el *cuándo*, ni en *cuántas* estaciones. Será leyéndola, pues sus trabajos seguirán hablando, ilustrándonos, guiándonos. Adiós, querida amiga, procuraremos honrar tu legado, que tu paz nos ilumine. *Über allen Gipfeln ist Ruh.*